

mente con el consiguiente impulso a las necesidades de importación.

El desequilibrio resultante es muy claro: la región exporta productos cuyo comercio mundial crece lentamente y a precios cada vez más reducidos, e importa productos cuya demanda mundial crece con gran rapidez y que, por ser fruto de la tecnología moderna, son expresión del desarrollo. La brecha comercial resultante de la diferencia de comportamiento entre las importaciones y el poder de compra de las exportaciones va ensanchándose año con año, calculándose que para 1975 será de 5 mil millones de dólares y de cerca de 8 mil 500 en 1980.

A juicio de los autores la simple existencia de una brecha de comercio puede no constituir una situación desfavorable, pero debe tenerse en cuenta, en tal caso, si la zona obtiene fondos para financiarla en términos apropiados. La entrada de capital complementaría los recursos financieros internos haciendo posible un incremento en la tasa de crecimiento económico y contribuyendo a un aumento de la capacidad de importación del país receptor. El financiamiento externo y algunos elementos surgidos de la regionalización del mercado constituirían los dos mecanismos que podrían compensar la brecha de comercio logrando, por tanto, el crecimiento económico.

El panorama actual parece contradecir lo expresado por el grupo de especialistas de Santiago de Chile; veamos: el presente decenio, llamado por algunos como "el decenio del desarrollo", fundados en la ayuda que los Estados Unidos prestaría a los países latinoamericanos, consistente en el derrame de 2 mil millones de dólares y en la solución del discutido problema del precio de las materias primas, en realidad es el decenio del subdesarrollo. A 7 años de enunciado tan optimista programa la situación es completamente desalentadora: durante los últimos 5 años el endeudamiento de los países latinoamericanos con los Estados Unidos se ha cuadruplicado, y la ayuda que se ha concedido por intermedio de la Alianza para el Progreso ha servido primordialmente para la amortización de tal deuda y la compra de excedentes norteamericanos. En definitiva, la Alianza ha venido a convertirse en un simple sistema de financiamiento de las exportaciones de Estados Unidos a la América Latina.

Los datos más completos sobre las pérdidas que nuestros países han tenido en su comercio con la potencia del norte se refieren a 1966 y hablan de una pérdida de 270 millones de dólares mayor en 110 millones a la registrada en 1965, en tanto que el mismo 1966 presenta una fuga de capitales norteamericanos de nuestros países superior a los 2 mil millones de dólares. A pesar de la fuga de capitales arriba anotada los grandes monopolios norteamericanos controlan las empresas azucareras e industriales de Dominicana; la industria de transformación y el petróleo de Colombia y Perú;

el comercio interior, los transportes y el petróleo de Bolivia; el sistema bancario, industrial y petrolero de Ecuador; el cobre, los energéticos y servicio telefónico de Chile; los metales no ferrosos, el cemento, la siderurgia, la construcción naval, la industria mecánica y la automotriz del Brasil; la petroquímica y las industrias automotriz, química y frigorífica de Argentina; importantes empresas mexicanas y la totalidad de la industria petrolera de Venezuela.

No será entonces la actual política de financiamiento externo la que permita acelerar adecuadamente el desarrollo económico de la zona, máxime si se tiene en cuenta que la deuda actual de América Latina asciende a más de 12 mil millones de dólares y que en los años transcurridos a partir de 1960 la producción agrícola ha disminuido en un 2.7% anual.

La otra alternativa, ampliamente analizada por el grupo de expertos, consiste en el saneamiento de la estructura económica con base en la integración y teniendo en cuenta que ya están en marcha dos organismos a nivel superior: la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio y el Mercado Común Centroamericano. Una política regional de desarrollo, tendiente a lograr una tasa satisfactoria de crecimiento para el conjunto de la región, debe, en primer lugar, obtener de la integración las mayores ventajas posibles, lográndose, por ejemplo, tamaños y localizaciones más adecuados para las plantas con base en una política conveniente. En segundo término, el proceso de integración debe

situarse en la perspectiva correcta, ya que no es un fin en sí mismo sino un medio para acelerar el proceso de crecimiento. Por último, la sola eliminación de las barreras de comercio no produce el incremento que cabría esperar al de la interdependencia económica entre los países; es necesario también adoptar medidas para el desarrollo de los sectores productivos en tal forma que estén en condiciones de exportar competitivamente y de aprovechar las ventajas de las reducciones obtenidas mediante negociación.

No causa dificultad observar entonces que resulta imposible hablar ahora de una integración estrictamente latinoamericana. Tal y como vienen desarrollándose los acontecimientos lo único que se está logrando es la unificación de un mercado de 280 millones de consumidores que continuarán subordinados a la política previamente trazada por el gobierno y los monopolios de los Estados Unidos. Y no es que la integración latinoamericana resulte imposible o desaconsejable: será viable en la medida que vaya en provecho de las mayorías y no de un reducido grupo privilegiado, que esté acompañada de una auténtica reforma agraria y de un proceso de industrialización independiente. De lo contrario, la explotación económica de América Latina que llevan a cabo principalmente los Estados Unidos se hará más organizada y completa.

La brecha comercial y la integración latinoamericana. Estudio preparado por el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social, Editorial Siglo XXI, México, D. F. 287 pp.

victor hugo: el desierto de arena

Pasamos nuestra vida en reprimimos.

Sobriedad, decencia, respeto a la autoridad, higiene irreprochable. Nada de poesía, sino la muy atildada. Un desierto de arena que no se peina, un león, que no se hace las uñas, un torrente que no se tamiza, el ombligo del mar que se deja ver, la nube que se alza las faldas hasta enseñar a Aldebarán, es algo chocante. En inglés, *shocking*. La ola se hace espuma contra el escollo, la catarata vomita en el abismo, Juvenal escupe sobre el tirano. ¡Quite de ahí!

Nosotros preferimos menos que demasiado. Nada de exageración. En adelante, el rosal estará obligado a contar sus rosas. La pradera será invitada a tener menos margaritas. Se ordenará a la primavera que se modere. Los nidos caen en el exceso. Oíd, bosquecillos, menos currucas ¡por favor! La vía láctea tendrá que numerar sus estrellas; hay demasiadas.

Tomad ejemplo del gran cirio serpentario del Jardín de Plantas, que no florece sino cada cincuenta años. He aquí una flor recomendable.

Un verdadero crítico de la escuela sobria es aquel encargado de un jardín, que a la pregunta: "¿Tiene usted ruiseñores en sus árboles?" respondiera: "¡Ah, no me hable usted, durante todo el mes de mayo, esos pajarracos no hacen más que gritar!"

EN WILLIAM SHAKESPEARE; II. I. IV.
